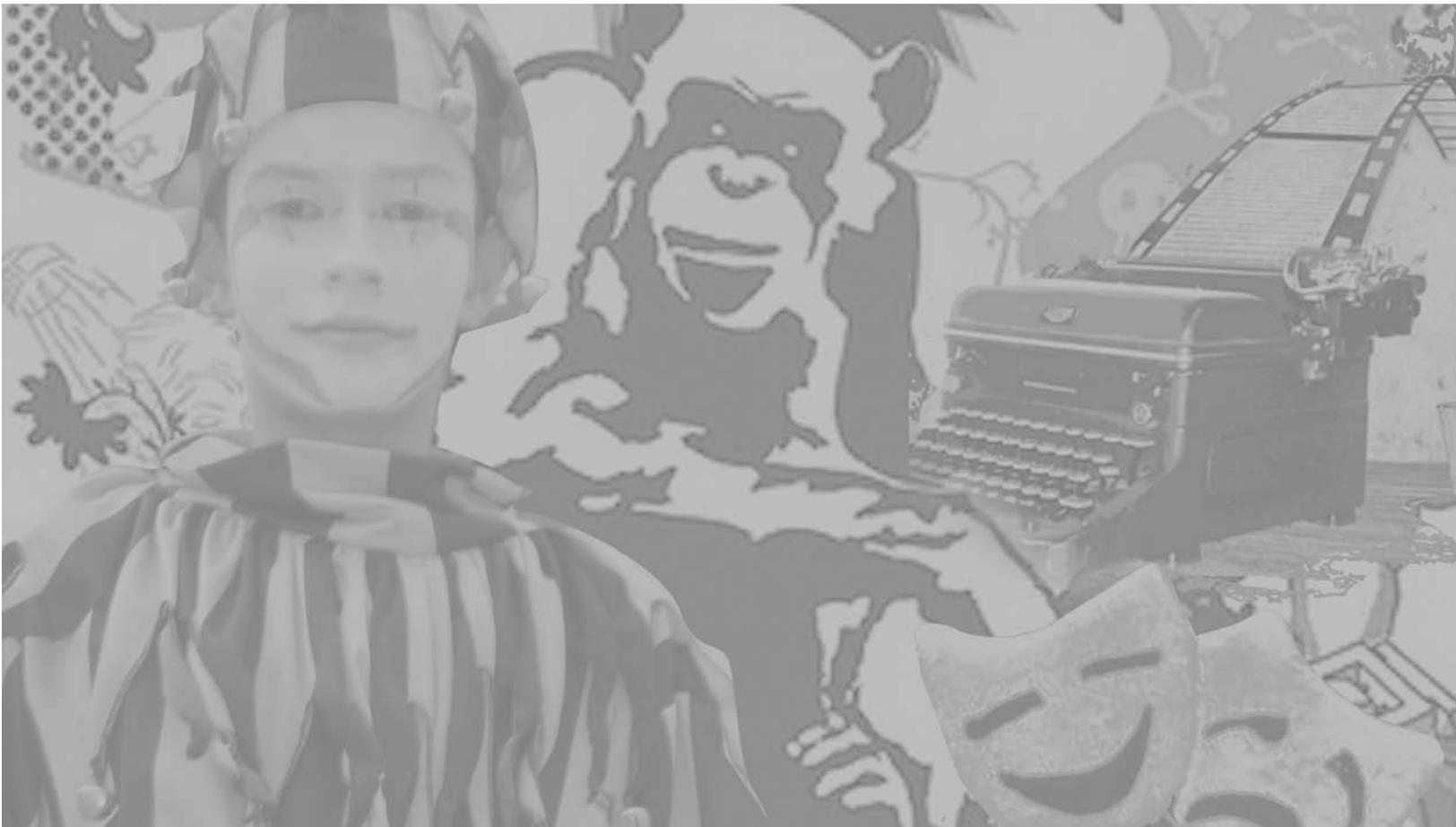


Los festivales de cultura: ¿fuegos fatuos?

Jorge David Sánchez Ardila¹





Cuando apenas empezábamos a despabilarnos de las celebraciones decembrinas del 2009, nos madrugó la temporada cultural. Como de una pequeña pero hermosa mazorca se fue desgranando, durante los tres primeros meses del año del Bicentenario, música, literatura, cine, fotografía y teatro, así como escritores, músicos, grupos de teatro y directores de cine nacionales y extranjeros que invadieron durante el semestre los diversos escenarios. Rompió fuegos el Festival Internacional de Música, y le siguieron de manera apretada el Carnaval de las artes y el Hay festival, para luego saltar al Festival Internacional de Cine y finalizar con los festivales de Teatro Iberoamericano y Alternativo. Con esa agenda por un momento nos sentimos el centro cultural del mundo.

Pero la temporada de la llamada industria cultural es corta y pequeña. Corta, porque los grandes festivales están concentrados en los primeros tres meses del año. Pequeña, porque sólo Cartagena, Barranquilla y Bogotá tuvieron el privilegio de vivir la fiesta cosmopolita de la cultura; las demás escasamente se enteraron a través de las pocas transmisiones radiales o televisivas de aquellos

conciertos que se cubrieron o de las noticias que dieron cuenta de los eventos, y algunas pudieron disfrutar uno que otro festival de cultura vernácula. Pequeña, porque mientras la industria del entretenimiento logra llevar a un solo concierto de tres horas, en el parque Simón Bolívar, treinta y cinco mil personas, los festivales culturales apenas registran la misma cantidad en un mayor número de presentaciones y días y con precios de lejos muy por debajo.

Lo anterior deja mucho que pensar, pues los festivales, todos realizados con inmensas dificultades presupuestales, aunque algunos con mayores que otros, han permitido a quienes asisten a ellos no sólo apreciar grandes obras de la cultura sino también a excelentes exponentes y autores; igualmente les ha posibilitado ser partícipes de un ejercicio de tolerancia, de interlocución entre diversas culturas y entre diferentes géneros y estatus culturales. Junto a los grandes clásicos de la música, como Beethoven, Mozart o Schubert, suenan los acordes de la música vernácula; a la par con los grandes escritores reconocidos mundialmente, puede encontrarse el novel autor o aquellos que aunque no son tan nuevos, sin embargo no son tan difundidos; frente al director de cine consagrado se topa, el espectador, con la sorpresa de la gran película de los “infravalorados” directores colombianos, asistir a las adaptaciones de obras de teatro clásicas a la par con obras contemporáneas.

Página anterior

1 Profesor de carrera, Universidad Distrital Francisco José de Caldas.



Una característica general de los festivales es que se han preocupado por incluir algunos talleres de formación y de intercambio de experiencias culturales que, de alguna manera, cumplen una función educativa; así como sacar de los teatros parte de su programación para llevarla a barrios, iglesias, colegios y calles de las ciudades donde se realizan, lo que redundará en atraer a aquellos sectores que dadas las circunstancias sociales, económicas y, sobre todo, educativas y culturales, de otra manera no tendrían nunca una oportunidad para acceder a este tipo de eventos.

Para un país que cuenta con ingentes problemas de violencia que lo ubican entre las naciones de más alto índice de desplazados por esta causa, con niveles crecientes de miseria, pobreza y desempleo, los grandes festivales culturales se constituyen en un oasis que permiten otear la cultura como una posibilidad de convivencia de la diversidad y la diferencia. Permiten vislumbrar que el conflicto que no ha logrado resolver un permanente estado de violencia, quizás encuentre una oportunidad por la vía discursiva. Permiten sospechar que quizás no necesitamos campos de batalla en cada rincón del país, en cada pueblo, en cada calle donde se en-

frenten los ejércitos, sino grandes escenarios adecuados para la cultura en cada uno de esos lugares.

Cierto es que la industria cultural no goza de muy buen recibo entre muchos de los puristas, bien sea de los que se dedican a crear las diversas expresiones culturales, bien de los que participan como aficionados o críticos. Sucede aquí el eterno conflicto planteado por Bourdieu en *Las Reglas del Arte*: "... los campos de producción cultural se organizan, muy generalmente, en su estado actual, según un principio de diferenciación que no es más que la distancia objetiva y subjetiva de las empresas de producción cultural respecto al mercado y a la demanda expresada o expresada o tácita, ya que las estrategias de los productores se reparten entre dos límites que, de hecho, no se alcanzan nunca, la subordinación total y cínica a la demanda y la independencia absoluta respecto al mercado y sus exigencias". Pero claro, en nuestro país ésta es todavía una discusión anacrónica pues en realidad, no existe todavía, en el país, un campo cultural consolidado; éste apenas está emergiendo en medio de grandes dificultades de todo tipo. Ni los gobiernos, ni la empresa privada han pensado la cultura más allá de un asunto ocasional y en





muchos casos, sólo como un objeto de ornato y exhibición social, o aún algo que sólo interesa a la “inmensa minoría” y, por supuesto, tampoco la población parece, en muchos casos, trascender estas visiones. Y, en esta perspectiva, parafraseando al campeón de Palenque, es mejor tener festivales culturales que no tenerlos.

Sin embargo, no es dable confundir eventos culturales con procesos culturales. Los festivales sin los procesos culturales, son sólo fuegos fatuos, son simplemente sospechas o vislumbres de mundos posibles que impiden que las sociedades opten por aquellos caminos que la razón, de forma anticipada, le muestra que la llevan a la ruina o, para decirlo hegelianamente, las llevan a caer en las trampas de la razón. Si la industria cultural sufre las afugias presupuestales, mucho más las sufre los procesos culturales, además de políticas claras y efectivas por parte de los ministerios de Educación y Cultura. Cuál es el lugar de la cultura en los currículos escolares y universitarios? No hablo de la formación de la vocación artística, que conduzca a nuestros niños y jóvenes a convertirse en músicos, pintores, escritores, actores o dramaturgos, etc., ya que

este campo pareciera oficio de manicuristas pues quienes se atreven trabajan con las uñas y como producto de la iniciativa individual, me refiero al desarrollo de la sensibilidad de esos niños y jóvenes.

Una pequeña muestra de la experiencia personal pregradual y postgradual, de mis alumnos, 120 semestrales, apenas 10 han leído *Cien años de Soledad*, obra icónica de la literatura nacional dentro del concierto universal, de la que se esperaría que tuvieran conocimiento la mayoría de los colombianos; ninguno ha ido a un concierto de música clásica, muy pocos han asistido a una obra de teatro y la mayoría ha visitado un museo sólo para hacer una tarea. Una sociedad educada pero inculta es una sociedad instrumentalizada, donde el conocimiento científico y tecnológico son simples herramientas para sobrevivir y no expresiones del humanismo de la sociedad; pero una sociedad que tiene bajo acceso a la educación y un proceso cultural huérfano desde la institucionalidad, poco puede hacer con ocasionales festivales de la cultura. Sólo admirarlos igual que Macondo se admiraba con la llegada de los gitanos con sus ferias.

✘

